

ciones de su huésped y una como premeditada mala voluntad para esclarecer los puntos oscuros que á aquél llenaban de confusión.

Comprendiéndolo así, Anguiano, con su reporteril sutileza, decidió no hacer ni una sola interrogación más, reservándose para cuando le fuera dado investigar en persona el misterio de su presencia en México cuando recordaba muy bien haber caído herido en una callejuela de Coyoacán. Saltando del lecho comenzó á vestirse.

—Qué, ¿va usted á salir?—preguntó la patrona con mal disimulada contrariedad.

Anguiano hizo un ademán afirmativo y entonces la mujer salió de la pieza agitadamente, lo que exacerbó las sospechas del repórter, que se apresuró á terminar su tocado, y yendo hacia fuera, pudo ver á doña Ramona que en voz baja daba un recado á una chicuela, sirviente de la casa.

Procurando no ser observado, salió luego en seguimiento de la chica, pero ésta, probablemente instruida, debió echar á correr, pues cuando Anguiano llegó á la calle, no halló ni rastros de ella.

El repórter se detuvo á poco andar, en la actitud de un hombre sumergido en una profunda meditación. Los sucesos daban vueltas en vertiginosa ronda en su pobre cerebro de convaleciente. Para él era casi indudable que la policía tenía la vista fija sobre sus pasos; pero, ¿por cuenta propia ó por la de algún elevado personaje interesado en que no llegara á descubrirse el misterio del taxímetro? Era esto lo que importaba dilucidar. ¿Y su hermano? ¿qué suerte habría corrido? Pasó un tren zumbando raudamente por la esquina, y Anguiano, de un modo instintivo, se dirigió al paradero próximo á esperar el paso de uno que fuera á Coyoacán.

En el tranvía, durante el camino, observaba sin cesar la catadura de sus compañeros de viaje, temeroso de ser vigilado; pero ninguno de aquellos tenía apariencia de polizonte: buenos burgueses que regresaban á su casa, cumplido el trabajo matinal, señoras elegantes, criados, el pasaje ordinario de los trenes de mediodía.

Al llegar al pueblo aún no sabía qué determinación tomar; aunque un impulso irresistible le arrastraba hacia la casa misteriosa.

Para él era indudable que allí iba á conocer la palabra del enigma y hacia allá fué, tambaleándose y pensando con terror en

que ningún indicio nuevo tenía de la suerte de su hermano y en que lo que debiera haber hecho antes que nada, era buscar los periódicos atrasados que él no había leído y en los que debían constar los datos, seguramente mentirosos, proporcionados á la prensa por la policía.

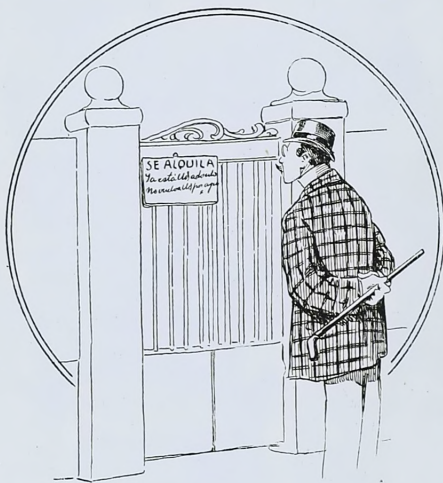
Llegó, como otrora á la verja; pero ésta estaba cerrada con un fuerte candado y cadenas, denotando un abandono súbito de la casa

por sus habitantes. El viento de invierno silbaba entre las ramas escuetas de los árboles y una especie de silencio pesado cerníase en las cercanías de la casa. Nadie. En vano el angustiado repórter estuvo llamando varias veces. El timbre eléctrico cascabeleaba aislado y sólo allá en las entrañas de la casa, provocando una extraordinaria sensación de abandono.

Sudor frío cubría la frente de Anguiano, en cuyo espíritu surgía imperiosa esta urgente interrogación:

—¿Y mi hermano?

Fué hacia la calleja, pretendió salvar las tapias del terreno abandonado; pero su de-



“NO VUELVA USTED POR AQUÍ”